

**GERMÁN MARTÍNEZ
CÁZARES**

Morena no tiene derecho a escupir la memoria de los mexicanos que literalmente gastaron su vida en pavimentar el camino democrático.

Ley electoral santanista

La iniciativa electoral del Presidente es más digna del dictador Antonio López de Santa Anna, que del luchador Andrés Manuel López Obrador. Merece más el calificativo de destructora que el de transformadora. No respeta la federalización “en lo que toca a sus regímenes interiores” de los estados de la República. ¿El modelo de comunicación no es mordaza? ¿El dinero de simpatizantes a partidos no abre la puerta al corrupto “moche” y al patrocinio electoral del crimen? No intenta devolverle al pueblo lo robado: su soberanía, quiere debilitar al Poder Legislativo para fortalecer al Ejecutivo. Mete al gobierno en las elecciones. Tiene un vaso co-

municante histórico con el Supremo Poder Conservador de 1836, que centralizó el poder y en el fondo soñaba con una monarquía y una purga de disidentes.

La intención presidencial es “adecuar el sistema electoral a las transformaciones políticas que ha vivido México”, dice el documento. Muy bien. No es una reforma adánica. No parte de la nada, ni es el comienzo. ¿Ya se olvidó que mataron a Francisco I. Madero por clamar sufragio efectivo? ¿Amnesia de Salvador Nava en San Luis Potosí? ¿Ya se arrumbaron al cajón de los olvidos las huelgas de hambre de Luis H. Álvarez y la solidaridad de Heberto Castillo contra los fraudes electorales en

Chihuahua en 1986? ¿Ya olvidó la izquierda empoderada el asesinato de los perredistas –696 según el periódico *La Jornada* del 2 de noviembre de 2007–, que seguían al michoacano Cuauhtémoc Cárdenas? ¿No existió en México el enojo de Manuel Clouthier, Rosario Ibarra y el propio Cárdenas, por el fraude de Manuel Bartlett en 1988, cuando había migajas de televisión para la oposición?

Morena no tiene derecho a derribar una construcción nacional útil como el INE, ni a escupir la memoria de otros mexicanos de todos los partidos que literalmente gastaron su vida en pavimentar el camino democrático, por el que llegó ese partido al poder en 2018



de manera legítima. ¡No! La democracia electoral no la trajo a México el hecho de que se sentara López Obrador en la silla presidencial. Antes también se conquistaron palacios municipales y estatales democráticamente, con esfuerzos cívicos y votos auténticos. El sufragio efectivo lo hemos construido todos a lo largo de muchos años, incluido el PRI que aceptó con el PAN, por ejemplo, la credencial para votar con fotografía que hoy no impugna nadie, y hasta acaba de usar el Presidente en su revocación.

Mentira que la intención de la 4T es “federalizar”, quieren “centralizar”. Ya se hace con la seguridad, finanzas públicas, nómina magisterial, salud, compras consolidadas, y los jefes de los siervos de la nación. Ahora se dice aterciopeladamente “unificación de las autoridades electorales”.

Aplastar a los gobiernos locales ya se intentó en 1836, y sus consecuencias fueron claras y funestas: empoderaron al traidor Santa Anna; perdimos parte de nuestro territorio, concretamente Texas; se atizó la división entre centralistas

y federalistas que había firmado la Constitución de 1824; Francia se engalló y preparó su invasión; las autoridades atrincheradas en la capital de la República organizaron una carnicería de enemigos; se dividió a la oposición: mientras Gómez Pedraza quería pactar y encabezar una revolución moral, Gómez Farías, más radical, fue a prisión; se atacó el “libertinaje” de la prensa adversa; y por si fuera poco, ocasionó penurias en el tesoro nacional, porque no había “soberanía fiscal” (¿le sonará familiar y necesario el concepto a Rogelio Ramírez de la O?).

Ante la impotencia de la Federación, dice David Pantoja Morán, conocedor del tema, se buscó la solución con la centralización; los “hombres de bien” dieron al país un gobierno concentrador del poder nacional. Pues eso: ahora resulta que a los “hombres de bien” de la 4T les debemos descubrir el agua tibia y la democracia. ¡Por favor! ¡A Santa Anna con esos cuentos!

El autor es senador de la República.